SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 23 DE ABRIL DE 2006
Turismo | 12

GANGES MISTICO

A orillas del legendario río de la India, cánticos y meditación en la ciudad sagrada de Varanasi.

POR GRACIELA CUTULI


La cúpula de la catedral junto con el Campanil de Giotto y el Baptisterio dominan un barrio medieval.

ITALIA *La ciudad de Florencia*

La flor de la

Emblema de la armonía del Renacimiento italiano y cuna de la lengua italiana moderna, las exquisitas iglesias y barrios antiguos de Florencia crecieron en un valle rodeado de colinas y olivares, bendecido por el sol y mágicamente iluminado por las lunas de otoño.

Firenze, que llamamos Florencia en recuerdo de su antiguo nombre latino, tal vez porque su nombre de flor rima mejor con los colores y aromas que brotan del ondulado paisaje circundante, es como una joya engarzada en el corazón de la Toscana. Una joya de brillos discretos que se vuelcan por las calles intrincadas, surcadas por una única línea recta: la que traza el Arno, el río que divide la ciudad, donde todavía se habla de la margen izquierda como de "Oltrarno" ("más allá del Arno"), como en los tiempos en que del otro lado del río sólo había una extensa nada. Una forma de mostrar que los florentinos son apegados a sus tradiciones, que detrás de su cordialidad primera son reservados y guardan las formas y la reverencia hacia los siglos, entre el *Duecento* y el *Cinquecento*, que le dieron para siempre un lugar en el mapa de la historia. Recorrerla hoy es, sin embargo, mucho más que una mirada a su espléndida historia y a los tiempos de Dante, los Medici, Leonardo y Miguel Angel: en Florencia viven el diseño, la moda y la buena mesa del siglo XXI, los elegantes escenarios del cine de época y el arte refinado de los orfebres que convierten a la ciudad en una referencia mundial de su arte.

A ORILLAS DEL ARNO El Arno es uno en invierno, cuando el caudal crece, y otro en verano, cuando irónicamente hay quienes lo califican de "torrente". Entre los irreverentes estaba Mark Twain, tal vez porque venía de las caudalosas tierras del Mississippi: "Es muy popular admirar el Arno. Es un gran torrente histórico, con un metro veinte en el canal y embarcaciones que flotan encima. Sería un río muy aceptable si le bombearan agua adentro. Lo llaman río, y piensan que realmente es un río estos condenados, morenos florentinos. Hasta consiguen remontar la decepción construyendo puentes por arriba". Sin duda el Arno, ironías aparte, es un río particular: nace al sur de la ciudad que cruza y periódicamente amenaza con inundarla. Pero no sólo amenaza: de tanto en tanto los aluviones realmente se producen y ponen a Florencia al borde mismo del desastre. Y sin embargo, al contrario de Venecia..., no se hunde.

Allí están también los puentes que cruzan el río, empezando por el Ponte Vecchio, el más antiguo de la ciudad y el único que no fue destruido durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Sobre esta pasarela fluvial la ciudad sigue, literalmente, con casas y negocios: si antiguamente se encontraban aquí los carniceros –y los métodos de conservación de aquellos tiempos no permiten imaginar un panorama aromático demasiado benévolo– para gloria de los turistas con el tiempo fueron reemplazados por las *botteghe* de los orfebres. Una de las más bellas tradiciones florentinas, que se remonta al Renacimiento, cuando por voluntad de Ferdinando I de Medici se fundó el Opificio delle Pietre Dure: en este taller de tallado y diseño con piedras semipreciosas las manos habilísimas de los artesanos convertían las ágatas en pétalos de tulipán, y los lapislázulis en exóticos plumajes de un ave tropical. Con una ingeniosa técnica de mosaico, las piedras y mármoles se cortan en láminas delgadísimas, yuxtaponiéndolos para formar dibujos de paisajes, aves y flores como los que se ven expuestos en la sede de la entidad, que depende del Ministerio italiano de Bienes Culturales y hoy está ampliamente volcada a la formación y trabajos de restauración.

A orillas del Ponte Vecchio –donde un busto de Benvenuto Cellini homenajea a todos los orfebres florentinos– se levanta el Corridoio Vasariano, construido en 1564 por Giorgio Vasari en ocasión del casamiento entre Francesco I de Medici y Juana de Austria, para conectar el Palazzo Pitti (la residencia del gobernante) con el Palazzo Vecchio y sus oficinas (es decir, los Uffizi que hoy son un célebre museo). Este recorrido cubierto de casi un kilómetro permitía a la familia Medici cruzar de una residencia a otra sin tener que salir a las calles, y rodea la Torre dei Mannelli, que sus propietarios se negaron a destruir para dejar paso a la pasarela de Vasari.

EL BARRIO DE LA CATEDRAL La Catedral de Florencia, con la espléndida cúpula renacentista de Brunelleschi, domina sin embargo un barrio de la ciudad que tiene todavía aires medievales. Santa Maria del Fiore, o simplemente el "Duomo", como se llama en italiano, forma un conjunto con el Campanil de Giotto y el Baptisterio, y todavía hoy no existe en Florencia un edificio más alto. La gigantesca cúpula fue construida por Brunelleschi sin el armazón de madera tradicional que se usaba en el Renacimiento, y hay que subir los 463 escalones que llevan hasta lo más alto para descubrir que una cúpula interna, más pequeña, funciona como sostén de la exterior. Las decoraciones externas de mármol toscano, los pisos tallados como laberintos, los altares y los frescos hacen de Santa Maria del Fiore una joya de la arquitectura sin rivales en Italia, el país donde se dice que existe la mayor cantidad de obras de arte del mundo. Entre ellas se encuentra también la puerta este del Baptisterio florentino, obra de Lorenzo Ghiberti, encargada a principios del siglo XV para celebrar el fin de una peste que había azotado cruelmente a Florencia entre 1399 y 1400 (medio siglo antes, otra epidemia de peste bubónica se convierte en la inspiración literaria de los cuentos del *Decamerón* de Giovanni Boccaccio, que con Dante y Petrarca conforma la gran tríada de poetas florentinos). De algún modo, al menos para las artes, no hay mal que por bien no venga... La "Puerta del Paraíso", como llamó Miguel Angel la obra de Ghiberti, está flanqueada por dos columnas de pórfido que Pisa donó a Florencia como agradecimiento por la ayuda militar que le prestara en 1117 durante una de las continuas guerras de la época. Las columnas, que según la leyenda tenían el poder de desenmascarar a los deshonestos, están partidas (probablemente como consecuencia de alguno de los aluviones que afectó Florencia), pero una maliciosa tradición popular afirma que los pisanos ya las regalaron rotas, para hacerles perder sus poderes, y que por eso las enviaron cuidadosamente envueltas en paños a la ciudad de los Medici. De ahí el refrán "fiorentini ciechi e pisani traditori" (florentinos ciegos y pisanos traidores), manifestación de las rivalidades habituales entre dos ciudades tan cercanas como ricas en historia, arte... y picardía.

A pocos pasos de Santa Maria del Fiore se encuentran el Museo dell'Opera del Duomo, que conserva las obras originales que fueron retiradas por precaución y reemplazadas por réplicas en la Catedral, el Baptisterio y el Campanil; el Bargello, la más antigua sede de gobierno existente en Florencia, hoy sede del Museo Nacional con obras de Miguel Angel, Donatello y Cellini, y la Casa de Dante, donde no es seguro que haya nacido el poeta, pero que está

LOS ALREDEDORES DE FLORENCIA

Aunque la red vial cubre todos los alrededores cómodamente, también se puede conocer el entorno florentino por los senderos de trekking, perfectamente señalizados, que recorren todas las colinas en torno de la ciudad, y permiten internarse en antiguos poblados medievales, espléndidas mansiones, bosques de hayas y los típicos cipreses de la campiña toscana. Los senderos de Florencia no son demasiado conocidos por los turistas extranjeros, pero sí por los locales que gustan de recorrer los pueblos de Pian dei Giullari y Arcetri, subiendo a las cumbres panorámicas de Calvana y Monte Morello, atravesando los bosques de Fiesole y Montalbano. Estos itinerarios, ideados por el Club Alpino Italiano en colaboración con la Región Toscana, se pueden recorrer durante todo el año y cuentan con un sistema de ómnibus que permiten volver de este modo a la ciudad. Otra de las excursiones panorámicas es la que va desde la piazza Mino de Fiesole al Monte Ceceri, donde Leonardo da Vinci hizo sus primeros experimentos sobre el vuelo. Luego se baja hacia Maiano, donde los florentinos suelen practicar escalada en roca. Finalmente para ver Florencia desde lo alto, se puede subir al Monte Morillo, de unos 900 metros de altura, cuya cumbre ofrece vistas despejadas sobre la ciudad y los Apeninos.



Noche florentina. Las luces del Ponte Vecchio se reflejan en las aguas del Arno.

En la Piazza della Signoria, el David.

Toscana

cerca del lugar donde se cree que vio por primera vez a Beatriz, fuente de un platónico amor que la colocaría luego como su guía en el Paraíso.

PIAZZA DELLA SIGNORIA

Desde el siglo XIV, la vida política florentina giró en torno de la Piazza della Signoria: al son de las campanas del Palazzo Vecchio, los habitantes se reunían para las asambleas públicas, pero también cuando había torneos y fiestas en las que el pueblo se volcaba a las calles. Los visitantes de hoy tienen la mejor vista desde el Caffé degli Uffizi, que también permite divisar el *David* de Miguel Angel situado en las afueras del edificio: sin embargo, hay que recordar que el original está protegido de las inclemencias del tiempo en el interior de la Galleria dell'Accademia. Con poco respeto por su noble historia, es común que los turistas se dediquen a fotografiar alegremente los atributos físicos del David, pero los propios florentinos ya se adelantaron, y uno de los recuerdos más comunes en torno de la plaza son las postales que muestran, en primer plano, las bondades físicas del bíblico pastorcito, en la versión de Buonarroti.

Tanto la Galleria como gli Uffizi conservan algunas de las principales obras de arte del Gótico, el Renacimiento y el Manierismo: Giotto, Leonardo, Botticelli, Rafael. Recorrer estas salas es como pasar las páginas de un gran catálogo donde cada cuadro, cada escultura, cada dibujo, parece esforzarse por superar a la anterior. Pero sería engañarse creer que Florencia es sólo un gran museo o un homenaje de tamaño natural a la Edad Media y el Renacimiento, con testimonios como Santa Maria Novella, el convento de San Marco, San Lorenzo o el Palazzo Pitti, que fue construido para un banquero rival de los Medici, pero terminó luego en manos de la poderosa familia florentina que selló para siempre su destino con el de la ciudad. Todo lo que se respira es arte –no en vano fascinó a la elite inglesa del siglo XIX, como la que James Ivory retrató con maestría en *Un amor en Florencia*–, pero también hay espacios para que se cuele con gracia y energía la vida cotidiana.

Florencia es así una ciudad donde late el amor por el fútbol, concentrado en el color violeta de la Fiorentina, que según la leyenda –que no pocas tiene este juego pasión de multitudes– surgió cuando una lavandera distraídamente sumergió las camisetas originales, blancas con rayas rojas, en un baño que las dejó con una nueva y definitiva tintura "viola". También es una ciudad relevante para la moda –gracias a firmas como Salvatore Ferragamo, sinónimo del diseño y el *savoir faire* italiano en el mercado de lujo de todo el mundo–, y sin duda una auténtica tentación a la hora de sentarse a la mesa, ya que los toscanos son famosos por tener el mejor aceite de Italia, las carnes más suculentas (no hay que irse sin probar la "bistecca florentina", con el hueso en T que es inhallable en otros lugares de la península) y los vinos más exquisitos. Que no es poco, en un país de manjares mediterráneos. Y para el final del día, placer de placeres (aunque tiene un costo digno de la historia que ofrece), es posible regalarse una noche en el Hotel Helvetia & Bristol, donde se toma el té en el jardín de invierno que frecuentaban Pirandello y D'Annunzio, donde es posible tener la misma habitación que Eleonora Duse, o por la que pasaron Stravinsky y Enrico Fermi. ¿Qué más se puede pedir? Tal vez un paseo por los alrededores de Florencia, por esas mágicas colinas y olivares que son desde hace siglos la cuna donde se adormece cada noche una de las más hermosas ciudades de Italia.

DATOS UTILES

■ Como todo el año es temporada conviene no llegar a Florencia sin reservas hoteleras, y tener en cuenta sobre todo que cuando empieza el buen tiempo las ciudades europeas empiezan a desbordar de turistas.

■ Para los placeres de la mesa, se puede pasar por la Enoteca Le Volpi e l'Uva (Piazza dei Rossi), a pocos pasos de Ponte Vecchio; el Mercado Central de Florencia, que permitirá conocer de otro modo los aromas y colores de la mesa local; la pastelería Dolci e Dolcezze (Piazza Beccaria 8), la más tradicional y celebrada de la ciudad (imperdible la crema al gianduia); el bar Scheggi (viale dei Mille 1/c), famoso por sus *panini*; y el elegante Caffè Giacosa, una de las grandes instituciones florentinas.

■ Más información en *www.firenzeturismo.it*, el portal que ofrece en forma actualizada todas las informaciones necesarias sobre transporte, alojamiento y comidas en Florencia, además de horarios y precios de los museos.



Fachada de la catedral Santa Maria del Fiore, o el Duomo, como se llama en italiano.

Ana Schlimovich


Una de las entradas a la ciudad vieja para sumergirse en un pasado milenario.


La bruma del amanecer acentúa el aura mística del Ganges. Una postal del otro mundo.

VARANASI *La ciudad sagrada de la India*

Río místic


Las pinturas y la barba enmarcan la indescifrable mirada de un peregrino.

Son 3 mil años de historia concentrados en un casco histórico detenido en el tiempo. Yoguis meditando en otro mundo a la vera del río Ganges, cremaciones a cielo abierto y cerca de dos mil templos y santuarios desperdigados por doquier. El viaje a Varanasi, también llamada Benarés, es una aproximación elemental al hinduismo, la religión más compleja y antigua de la humanidad.

POR JULIAN VARSAVSKY

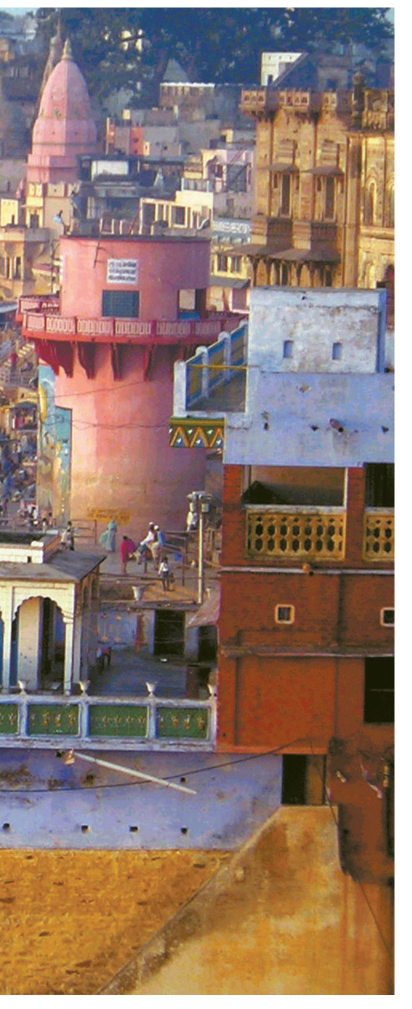
"Aquel otro despertar, la muerte"
J. L. Borges

Al llegar a Varanasi todo viajero siente una severa compulsión por conocer el río y sus legendarias escalinatas. Así, sin saber cómo, sin preguntar, no tardé en alcanzar el Ganges. La primera imagen que vi fue la de un hombre sentado sobre una piedra con las piernas enroscadas en posición de loto, venerando una oscura imagen de granito en un templo de cúpulas redondeadas rematadas en aguja. Adoraba una imagen de Ganesha (dios de la Sabiduría, con cabeza de elefante) y parecía llevar horas sentado allí –con el torso desnudo y un turbante rojo–, inmerso en una nube de sahumerios. Con los párpados clausurados y absolutamente desconectado de cualquier percepción del mundo exterior, cada tanto rompía el silencio para recitar su obsesivo mantra: "Om shri Ganeshaia namaha" (Yo saludo al bendito Ganesha).

EN LA HISTORIA Varanasi existe casi desde siempre en el nordeste de la India –separada de Nepal por la cadena del Himalaya– y dice la leyenda que nació en el instante en que una lágrima de Shiva cayó en el Ganges. Los documentos históricos certifican su existencia al menos en el año 800 a. C. Y las escrituras sagradas del budismo la citan como la ciudad donde El Iluminado ofreció su famoso primer sermón en el Parque de las Gacelas, 2500 años atrás. Contemporánea de Nínive y Babilonia, Varanasi es una de las ciudades más antiguas del mundo, pero lo más increíble es que en algunos rincones de su casco histórico el pasado milenario parece suspendido en la línea del tiempo, como si un secreto encantamiento le impidiese todo cambio.

Al abandonar el aeropuerto, el taxi se interna por calles polvorientas inmersas en una gran confusión de autos, motos, hombres y vacas. Y a primera vista resulta evidente la superpoblación de la India, sobre todo cuando se percibe el continuo desfile de la gente por las calles como en una eterna procesión.

Al cruzar el arco de entrada al casco antiguo, el ruidoso caos callejero se apacigua un poco. Adentro de este laberinto semipeatonal de callejuelas angostas no hay edificios modernos, y llegado a cierto punto las calles se estrechan tanto que no hay lugar para que transite un auto. Al deambular por esos caminos de piedra escalonada en busca del río, uno suele toparse con alguna vaca atrave-







Tiene tridente y ropas rojas, pero no es un diablo. El Infierno no existe en el hinduismo.

sada que abarca todo el espacio de pared a pared. Y a veces los intentos de pasar resultan vanos y no queda otra alternativa que volverse atrás.

Las callejuelas están entrelazadas sin sentido y las viviendas lucen colores tan contradictorios como el turquesa, el esmeralda y el ocre. Son casas bajas, muy rústicas, y generalmente sin agua corriente. Además de su antigüedad, el casco histórico exhibe un aspecto casi ruinoso que acentúa su aura milenaria. Los monjes errantes viven en la calle y circulan por los alrededores del Ganges con sus tridentes al hombro otorgando bendiciones. Y todo el tiempo uno siente que avanza por un ambiente precario donde predomina la piedra y casi no hay rasgos de civilización moderna. Rodeados de antiguos santuarios, en Varanasi se respira el aroma de una espiritualidad irresistible hasta para el más escéptico de los mortales. El aire está enrarecido por el humo de las piras funerarias junto al río y también por el olor penetrante de los inciensos que emana de los templos. Y por doquier brotan las envolventes melodías de las cítaras, sumadas a la aletargada percusión de las "tablas", que brotan de enigmáticas casas y de las escuelas de música, yoga, meditación y masaje.

SENTIR EL RIO Al caminar por las callecitas sin vereda de Varanasi, se intuye que todo está orientado hacia el Ganges, con las multitudes de peregrinos dirigiéndose hacia allí como hipnotizadas. El río ejerce una atracción involuntaria, incluso para el extranjero, quien es acarreado por la inercia de tanta gente convencida de que hay un solo rumbo. Todos parecen anhelar una revelación; acaso el lejano secreto de los incontables cuerpos reducidos a cenizas que durante milenios de historia terrenal se diluyeron en estas aguas.

La experiencia cumbre de este viaje llega con el resplandor del alba, sobre todo cuando se navega por las neblinosas aguas del Ganges. Desde la canoa se vislumbran las siluetas de los primeros peregrinos que llegan a cumplir con la sagrada inmersión en el río eterno y se escucha el apagado murmullo de las oraciones védicas. Mientras Surya (el dios Sol) se remonta imponente, su melancólico fulgor naranja va iluminando la fervorosa pero tranquila actividad que se ha desatado a la vera del río. Las multitudes descienden por las escalinatas lentamente y sumergen medio cuerpo en el agua con las manos en posición de rezo. Luego depositan ofrendas florales con velas encendidas que se pierden flotando a la deriva, y recogen agua en unos centenarios jarritos de cobre que vacían sobre su cabeza. Las mujeres se bañan despojándose de sus saris con tal sutileza que no develan el más mínimo de sus encantos. Y en los escalones sobresalen pequeños "lingas" de piedra (monolitos con forma fálica) que representan el poder destructivo de Shiva.

Junto con el círculo incandescente del sol aparecen también los profanos lavanderos, que se pasan las horas golpeando enérgicamente unos lienzos contra las rocas. Son las extensas y coloridas telas de los saris femeninos que luego se despliegan a secar sobre las escalinatas, formando un arco iris de lilas, turquesas, rosados y púrpuras. La imagen es el deleite de cualquier fotógrafo.

El río se abarrota de balsas con grupos de hasta veinte personas llegadas desde los lugares más remotos

>>>

Ana Schlimovich



Más de dos mil templos y santuarios están desperdigados por toda la ciudad de Varanasi.

Ana Schlimovich



En una callejuela, la vaca sagrada parece decir “no pasarás”. Y nadie pasa.

>>>

de la India y Nepal. Muchos lucen sus turbantes de gala y se nota a simple vista que están disfrutando del día más feliz de su vida. Millones de peregrinos vienen aquí cada año a cumplir con un designio primordial del hinduismo: una vez en la vida hay que visitar la Ciudad Sagrada, y de ser posible, se debe ir a morir allí.

Desde la canoa se ve de frente todo el ritual hinduista. Inclusive es posible indagar en la mirada obnubilada de los místicos que entran al agua en pleno trance espiritual. Una empinada escalinata gigante se extiende a todo lo ancho de 6 kilómetros de costa del río. O sea que en la canoa, el viajero se siente ubicado estratégicamente en la parte baja de un gran anfiteatro que despliega sus brazos de par en par. Pero aunque el centro de interés esté enfocado en las escalinatas, puede ocurrir que junto al bote flote el cadáver de un monje brahmán (hombre santo que al morir va a parar a las aguas sin pasar por el fuego).

BAÑO SAGRADO Todos se bañan en las aguas del río Ganges e incluso beben de ellas con expresión de suma felicidad. Que el río esté contaminado es un detalle menor a la hora de purificar las almas, y de hecho nadie se sumerge allí con la intención de refrescarse y pasar un buen rato. A un costado de la escalinata suele haber vacas que sí se refrescan en el agua, y unos peldaños más arriba, monjes brahmanes saludando a los dioses con un frenético concierto de campanadas. El marco de estas imágenes son los enormes templos y palacios abandonados del siglo XVIII que reflejan en sus tonos ocres la magia de lo ruinoso y lo sagrado. Justo delante están los altares de cremación llamados *ghats*, aunque sólo dos de ellos permanecen en funcionamiento.

Varanasi es uno de los lugares más enigmáticos de la tierra, al menos para un occidental. Porque a la vuelta de cada esquina se presagia una incógnita que la razón iluminista no podría alumbrar jamás. En las calles hay antiquísimos caracteres sánscritos cincelados sobre piedras carcomidas por los siglos. Y no tiene sentido hacer un listado de templos, porque están por todos lados. En el lugar más inverosímil –como el patio de una simple casa– uno se topa con santuarios representativos del más elevado arte hindú. Algunos templos sobresalen por sus recargadas cúpulas talladas con centenares de imágenes mitológicas en miniatura. Y por unanimidad predomina en esta sociedad una razón distinta –inalcanzable hasta para el más místico de los occidentales–, que testifica que Shiva habita en Varanasi. Junto con Brahma y Vishnú forman la Trinidad Hindú y existen cerca de 2000 templos y santuarios en toda la ciudad consagrados a una u otra deidad.

Por todo esto en Varanasi es imprescindible poder despojarse lo más posible de la mirada etnocéntrica que el extranjero acarrea desde el lugar de origen. Aquí se transitan caminos medulares de la India legendaria, ese universo ensimismado donde rige otra lógica, con sus propias reglas, valores y tradiciones, tan arbitrarias en última instancia como las de la otra mitad del planeta. Y una de las religiones más antigua y compleja del planeta, dueña de una cosmovisión poblada de mitos y centenares de dioses que ejercen una enigmática seducción. Por eso la “Ciudad Sagrada” es una meta desafiante que a veces desconcierta y conflictúa. A decir verdad, conviene pasar con premura por este lugar donde lo incomprensible viene a sentarse a nuestro lado demasiadas veces. Sin embargo, después de haber partido, ya será muy difícil poderse librar del misterioso influjo de Varanasi.

CREMACIONES A CIELO ABIERTO

La cosmogonía hindú profesa la creencia en la trasmigración de las almas a través de sucesivos cuerpos. La vida es entonces un constante renacer después de la muerte, durante millones de años. Una concepción que Octavio Paz llamó “una negación metafísica del tiempo”. Para una cultura en la cual nacer significa ser lanzados al sufrimiento, el suicidio no soluciona nada si se busca así alguna clase de liberación. Inevitablemente se vuelve a nacer, y reencarnación tras reencarnación uno está pagando por los actos de una vida anterior. Toda desgracia será un castigo por antiguos pecados. Y a su vez los méritos de una vida virtuosa serán premiados con una reencarnación en una casta superior. A través de un repetitivo renacer, y viviendo honradamente durante miles de años, se puede alcanzar el *moksha* o liberación. Esto significa que ya no se volverá a reencarnar nunca más. Pero esto no equivale exactamente a llegar al paraíso, aunque implica el fin de los pesares, ya que el alma se libera de la impureza del cuerpo y regresa al vacío para fundirse en un todo con el espíritu de Brahma (dios de la Creación).

De todas formas, existe una suerte de atajo para alcanzar esa liberación. Si alguien muere en Varanasi y sus cenizas son esparcidas en el Ganges, se libera automáticamente del karma de la eterna reencarnación y tiene la seguridad de que alcanzará el *moksha* en esa oportunidad. Es por ello que centenares de enfermos terminales vienen aquí a esperar ansiosamente –en algún asilo pulguiento– la llegada de su último latido vital. Las cremaciones se realizan entonces en altares a cielo abierto junto al río, en medio de emocionantes rituales. Se considera un “privilegio” morir aquí y se ve claramente que para los hinduistas el fin de la vida carece de un sentido trágico. Durante el funeral toda la familia del muerto posa junto al cadáver que yace sobre unos leños, mientras un fotógrafo inmortaliza el evento. Nadie parece demasiado triste (el clima es algo festivo), y como el muerto también debe “mirar” a cámara, a veces se le apoya una rama bajo la nuca para que levante un poco la cabeza. Antes de prender el fuego se le da de beber al cadáver un último sorbo de agua sagrada del río, y el integrante más joven de la familia enciende los primeros arbustos. En tres horas no quedará nada y las cenizas serán esparcidas en el Ganges que, al descender del Himalaya, comunica a los hombres con los dioses. Así lo sentencia el Rig Veda, uno de los libros más antiguos de la humanidad.



En el pueblo de San José, la iglesia y los otros edificios del complejo jesuítico.

BOLIVIA *Misiones jesuíticas*

Chiquitas pero duraderas

A unos 260 kilómetros de Santa Cruz de la Sierra, la selva boliviana esconde un conjunto de pueblos que parecen detenidos en el tiempo. Se trata de las misiones de Chiquitos, donde el testimonio arquitectónico de los jesuitas se conserva casi intacto.

POR IGNACIO RODRIGUEZ

Cuando las lluvias no complican el camino, alcanzan diez horas a bordo del "Expreso Oriental" para llegar a San José. Aquí, donde los llanos húmedos orientales se encuentran con el Gran Chaco, se fundó en 1698 una de las reducciones jesuíticas más grandes en lo que es hoy territorio boliviano. El pueblo está ubicado 265 kilómetros al Este de Santa Cruz de la Sierra, a mitad de camino del límite con Brasil. Tres o cuatro veces por semana, un viejo convoy impulsado por una locomotora diésel atraviesa la verde espesura del bosque tropical boliviano y llega a este lugar perdido en las Serranías de Chiquitos.

BAJO EL ARDIENTE SOL Una calma envolvente recorre las cinco cuadras que separan la estación de la plaza del pueblo, donde tres edificios construidos en piedra y lajas se levantan imponentes. No se trata de ruinas. En Chiquitos los templos religiosos no fueron destruidos tras la expulsión de los jesuitas como sucedió en la Argentina y Paraguay. Todavía es posible contemplar las fachadas barrocas de la Iglesia de San José y sus edificios anexos, como se las veía tres siglos atrás. El campanario, de tres pisos de altura, se eleva sobre modestas casas de adobe y tejados anaranjados, recortando el horizonte boscoso. Algunas viviendas todavía conservan sus tradicionales galerías frontales, que sirven de refugio para resguardarse del ardiente sol de la tarde.

PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD Los seguidores de San Ignacio de Loyola llegaron a la Chiquitania a fines del siglo XVII dirigidos por el párroco suizo Martín Schmid y fundaron una docena de reducciones en territorios indígenas. El conjunto de colonias que instalaron los jesuitas entre 1691 y 1760 está integrado por los pueblos de San Javier, Concepción, San Miguel, San Rafael, Santa Ana y San José. Este último es el único que cuenta con edificaciones en piedra. En las demás aldeas los templos y colegios religiosos se construyeron con adobe, y se destacan por su estructura de madera finamente tallada por artesanos indígenas.

Las Misiones de "Chiquitos" (apelativo que recibieron los nativos por las diminutas puertas de sus chozas) fueron declaradas Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco a comienzos de los '90. Dispersos entre la selva y las sierras, estos pueblos dan testimonio de aquel truncado proyecto con el que los jesuitas organizaron, además de unidades productivas, refinados centros de formación artística comparables a los que existían en el viejo mundo.

MISIONES MUSICALES La herencia barroca de la Compañía de Jesús no se manifiesta sólo en las fachadas y los retablos de las iglesias, también se expresa en una tradición musical inédita en Sudamérica. El Archivo Musical de Concepción atesora más de 5500 manuscritos musicales de misas, salmos y música instrumental de cámara escrita en latín, chiquitano, guaraní y español.

El Festival de Música Barroca, que se celebra cada dos años en los municipios de la región, es una buena oportunidad para conocer las misiones y dejarse llevar al pasado por el sonido de los violines.



La estación Taperas del "Expreso Oriental", el tren que lleva a la Chiquitania.

Noticiero

Más hoteles en Salta y Cataratas

Cinco hoteles se están construyendo en la región salteña de los Valles Calchaquíes, emprendimientos que contarán con los beneficios impositivos previstos por la Ley de Promoción Turística provincial. Se trata de la Hostería San Carlos, el Hotel Fuerte de Angastaco, la ampliación del hotel Los Sauces en Cafayate, el Hotel La Merced del Alto en Cachi, y el Hotel Miraluna de Cachi Adentro. Entretanto, Sheraton Iguazú anunció que terminará a fin de mes su plan integral de remodelaciones y mejoras, que incluye la renovación del lobby y la construcción de un nuevo spa.

Actividades en Concepción del Uruguay

La ciudad entrerriana presentó su calendario de actividades para 2006, durante el cual habrá visitas nocturnas al Palacio San José y paseos en catamarán a Isla Cambacuá (abril), así como también una regata internacional a realizarse en junio. Ese mismo mes se organizará el Congreso de Turismo de Entre Ríos. En abril también habrá vuelos de bautismo en avión y planeador, cabalgatas a las dunas y al río Uruguay, y el Encuentro Nacional de Artesanos de la Nueva Generación. En agosto está prevista la quinta fecha del Gran Prix del Litoral, y en septiembre el rally nacional Caminos del Palacio.

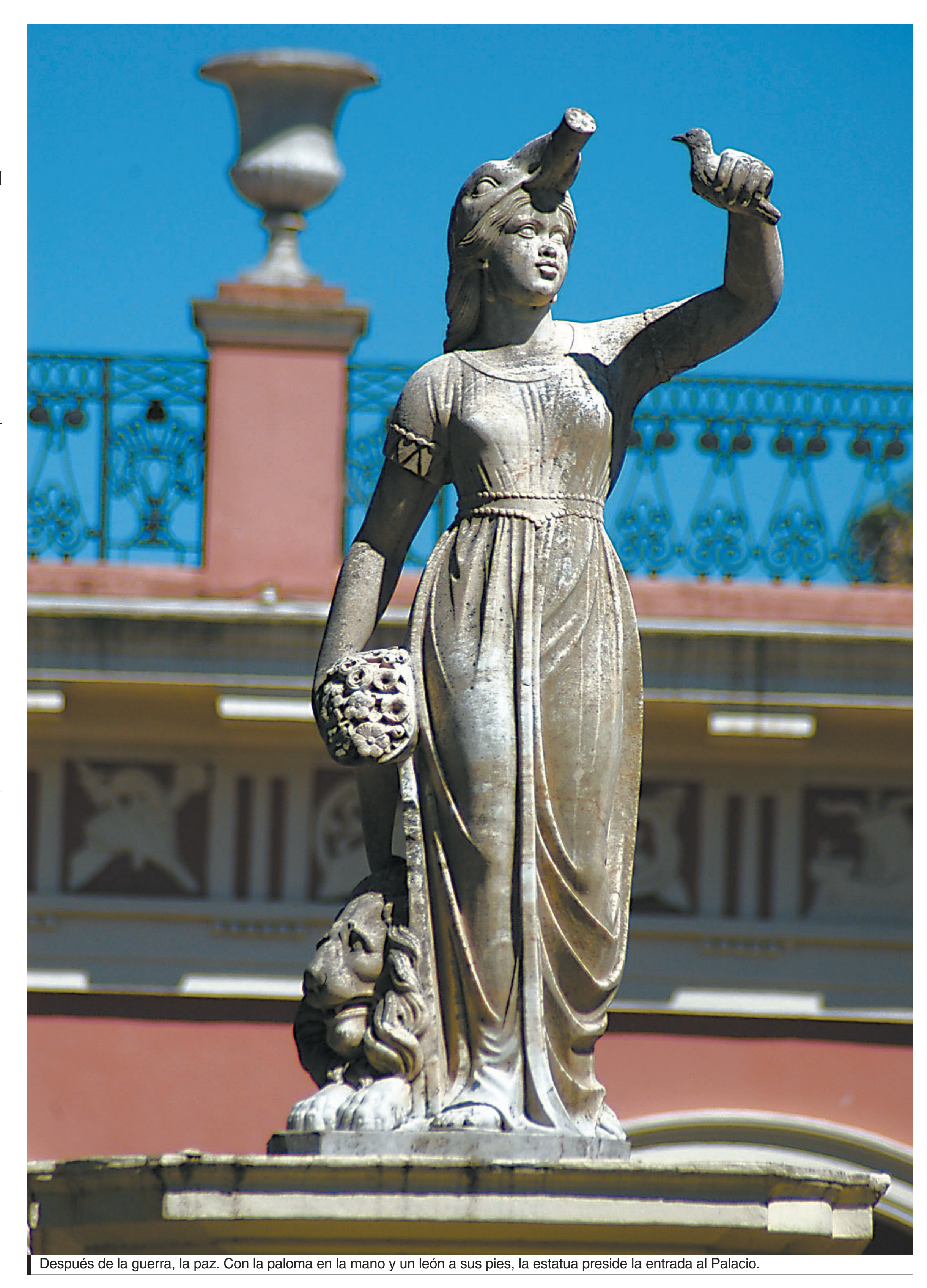
Menos turistas a Estados Unidos

El turismo procedente del exterior sigue bajando en Estados Unidos, debido a los temores suscitados sobre todo tras el 11 de septiembre y las dificultades burocráticas para conseguir las visas de acceso al país. Según la Travel Industry Association of America, entre 1992 y 2004 hubo un descenso del 35 por ciento en el ingreso de turistas internacionales, con pérdidas millonarias para el sector.

Durante el Mundial, las mujeres a Suiza

El ente nacional de turismo suizo lanzará una campaña publicitaria en Alemania y Francia para atraer hacia sus montañas a las mujeres que quieran escapar del próximo Mundial de Fútbol, durante el verano europeo. Con un fondo de vacas, prados verdes y cumbres montañosas, los avisos muestran a un representante de Suiza que explica que los hombres suizos están más interesados en las mujeres que en el fútbol: de este modo se espera invitar a las damas a elegir Suiza como destino de vacaciones, mientras los hombres de medio mundo tienen la atención concentrada en los estadios alemanes.

POR JULIAN VARSAVSKY



Después de la guerra, la paz. Con la paloma en la mano y un león a sus pies, la estatua preside la entrada al Palacio.

ENTRE RIOS *El Palacio San José*

La mansión del General

Fue la residencia privada más suntuosa de la Argentina del siglo XIX, un verdadero palacio en la inmensidad del campo entrerriano. El recorrido por los magníficos patios, jardines y salas culmina en el dormitorio, escenario de la muerte del general Justo José de Urquiza a manos de los partidarios de López Jordán.

En la noche del 2 de febrero de 1870, siendo presidente de la Nación, Sarmiento llegó en barco hasta Concepción del Uruguay por invitación del General Urquiza. A la mañana siguiente, al desembarcar, se encontró con 10.000 soldados de la caballería entrerriana vestidos en su honor con el uniforme rojo con peto blanco de la Batalla de Caseros. El presidente iba a conocer el famoso Palacio San José y lo recibió en persona el General que había vencido a Juan Manuel de Rosas. Los 20 kilómetros que separan la ciudad del palacio los hicieron a bordo de una berlina inglesa. Al llegar al final de la Avenida de Magnolias que da ingreso al lugar, descendieron del carruaje para avanzar a pie por el camino de lajas bordeado de exóticas arboledas, totalmente tapizado de pétalos rojos, acaso un símbolo del federalismo del anfitrión.

Para la ocasión Urquiza hizo rodear el perímetro completo del casco de su estancia con una sucesión de antorchas que alumbraron la opulencia del edificio solitario en la inmensidad del campo entrerriano. Sarmiento, quien era un conocedor de los majestuosos palacios europeos, se quedó pasmado. Y al ingresar en el Jardín Francés, cuyos pisos de piedra italiana estaban cubiertos con alfombras de Esmirna –al final del cual los esperaba Doña Dolores Costa de Urquiza con sus hijos–, el presidente ya creía estar soñando.

Atrás había quedado la fachada del edificio, con dos torres-mirador, una en cada extremo del cuerpo central y conectadas por una galería de arcadas de medio punto que descansan sobre ocho columnas toscanas. Como remate del frente hay un friso dórico con triglifos y símbolos de guerra. El palacio fue declarado Monumento Histórico en 1935.

LA ESTRUCTURA La planta general del Palacio San José responde a la construcción típica española de herencia morisca –con algo de fortificación–, conformada por una serie de habitaciones que rodean un patio cuadrado con una galería a modo de transición, con la diferencia de que en este caso el palacio tiene tres alas diferentes con varios patios.

Los trabajos fueron realizados entre 1848 y 1857 por los arquitectos italianos Jacinto Dellepiane en una primera etapa y Pietro Fossati en segundo lugar. El estilo arquitectónico del edificio es una amalgama donde confluyen la herencia romana y florentina del neorrenacimiento, con una nueva concepción basada en la libre interrelación de los elementos que se alejaba del clasicismo griego para dar lugar a formas más ampulosas y recargadas de lujo.

La planta principal tiene 38 habitaciones dispuestas alrededor de dos hermosos patios y están vinculadas entre sí por puertas interiores que ahora unifican el recorrido de los visitantes. Uno de estos espacios abiertos es el Patio de Honor, rodeado por las habitaciones destinadas a los dueños de casa y a los huéspedes ilustres. Para decorar sus paredes Urquiza contrató al artista uruguayo Juan Manuel Blanes, quien pintó –bajo su estricta supervisión– ocho de las nueve batallas que comandó el General (sólo quedó afuera la de Pavón, donde retiró su ejército en medio del fragor de la batalla). Hoy en día, para su protección, los óleos están en el antiguo comedor de la casa.

El Patio del Parral, alrededor del cual estaban las habitaciones de los visitantes de menor categoría, es otro de los espacios de gran interés en la visita. Allí está la pérgola del parral, una obra de herrería majestuosa, creada por el arquitecto Fossati con un diseño de vanguardia para la época. La estructura que sostiene las parras forma una galería abovedada con paños de hierro que se abren en arcos de medio punto, decorados con rizos, rulos y guirnaldas.

La Sala de los Espejos, que impresionó especialmente a Sarmiento, era el antiguo ámbito de las recepciones sociales. Aún hoy resplandece con su cielo raso de más de cien espejos y un artesonado de madera de pino blanco. Junto a la Sala de Juegos está el fastuoso Escritorio Político de Urquiza, desde el cual el General regía sin titubeos los destinos de suestancia y de todo el interior del país, enfrentado a la díscola Buenos Aires.

Entre las excentricidades del palacio está la laguna artificial que hizo excavar Urquiza, donde llegó a botar un barco a vapor, el "San Cipriano", que tiempo después se hundió para siempre en el fondo. Del barco quedó para la posteridad apenas el ancla, encontrada unos años atrás. Y por cierto el acaudalado estanciero no acostumbraba a privarse de nada. En el primer patio están todavía los restos de un pozo de agua que, provisto con un ingenioso sistema, le permitió al palacio ser uno de los primeros en el país con agua corriente. En otro sector estaba la máquina productora de gas de carburo que servía para iluminar la residencia.

Expertos paisajistas trabajaron también en el diseño del Palacio San José. En los jardines hay bustos de célebres guerreros como Napoleón, Hernán Cortés, Alejandro Magno y Julio César. Y en el parque perduran hasta hoy las enormes pajareras octogonales montadas sobre un pedestal con escalinatas de mármol que resguardaban toda clase de aves exóticas traídas del extranjero. También hay un gigantesco palomar ya que la carne de paloma era parte de la dieta de aquella época.

LA CAPILLA Uno de los elementos fundamentales del Palacio San José es la capilla circular que Urquiza hizo construir para el casamiento de su hija Ana. La razón de tamaño lujo privado –prohibido según las leyes canónicas– era la lejanía que había entre el palacio y la iglesia más cercana, aunque para su construcción fue necesaria una autorización papal. La capilla es una pequeña joya arquitectónica diseñada por el arquitecto Fossati, quien ideó una fachada con cuatro pilastras adheridas al muro y querubines a los costados. El muro superior de la capilla sostiene una cúpula octogonal con un tambor que permite la entrada de luz natural a través de una claraboya central con vidrios rojos. El exterior de la cúpula está revestido con piezas de azulejito conocidos como "pas de Caláis" importados de Francia, mientras que su interior fue decorado con pinturas murales de Blanes sobre pasajes de la Biblia. Todas las paredes están revocadas con un polvo de mármol traído desde Italia en incontables barriles, que servía para producir un acabado perfectamente liso e inexistente en cualquier otra construcción americana del siglo XIX. Pero un capítulo aparte de la capilla es la pila bautismal de mármol de Carrara, obsequio del cónsul argentino en Roma, Salvador Jiménez, designado por Urquiza. La obra, copia de una escultura del Vaticano, fue embarcada desde Génova hacia el Palacio San José el 2 de julio de 1857.

"VIENEN A MATARME" Al ingresar en el dormitorio de Urquiza, los guías reviven los últimos instantes del General. El 11 de abril de 1870, el anciano guerrero descansaba en una silla bajo las galerías internas del Patio de Honor, justo frente a la puerta de su cuarto. Desde los fondos, un grupo de sesenta hombres atravesó los patios al grito de "Viva López Jordán". Advertido por el alboroto, Urquiza entró a su dormitorio en busca de un arma y pronunció su frase póstuma: "Vienen a matarme". Al asomar la cabeza bajo el marco de la puerta para enfrentar a sus agresores recibió un tiro en el pómulo que lo derrumbó al piso. Cuatro puñaladas certeras pusieron fin a su agonía en los brazos de sus propias hijas, que se habían abalanzado sobre él para atenderlo. En el vidrio de la puerta aún está la huella de una mano ensangrentada, pero nunca se pudo determinar si fue de alguna de las hijas o del mismo General herido de muerte. En el dormitorio se conservan también la silla de Urquiza y recortes de diarios de la época con las crónicas del asesinato.